

# Erotismos

## El cuerpo enamorado

**ANDRÉS DE LUNA**

14  
EstePaís cultura

El enamoramiento es una condición emocional que engendra toda clase de visiones, desde las que se acercan a una realidad escindida hasta las que construyen un logos del deseo. En ese camino las propuestas son variadas. En el siglo XVIII y parte del XIX el libertino rendía culto a la ausencia de compromiso y lo único que estaba en sus intereses consistía en violentar virginidades para luego olvidarse de esas jóvenes ingenuas. Por lo mismo, enamorarse estaba fuera de lugar. El libertino prefería la conquista a los denunciamientos y fortunas del amor. Un prototipo del enamorado quedó inscrito en los nombres del filósofo Pedro Abelardo y su discípula Eloísa. Los hechos ocurrieron en pleno siglo XII, en la Francia de ese momento medieval. El humanista padeció las calamidades de su atrevimiento carnal y la castración fue parte de su castigo. En *Historia de mis desventuras* (Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1967), Abelardo escribió:

Ella [se refiere a su amada Eloísa], que no estaba mal físicamente, era maravillosa por los conocimientos que poseía. Y como este don imponderable de las ciencias es raro en las mujeres, hacía más recomendable a esta niña. Por esto era famosísima en todo el reino [...]. Los escondrijos que el amor hambrea nos los proporcionaba la tarea de la lección. Pero, una vez que los libros se abrían, muchas más palabras de amor que del tema de estudio se proferían. Más abundantes salían los besos que las sentencias. Muchas más veces, las manos se escurrían por los pechos que a los libros. Más a menudo el amor fijaba los ojos en sí mismo que en la escritura del texto [...]. Ningún grado del amor fue omitido por los ardientes amantes. Y si algo desacostumbrado el amor inventa, ése también fue añadido. Y como éramos novatos en estos goces insistíamos con ardor en ellos, sin que nos aburriesen.

En la literatura, en la poesía, en el teatro y en el cine se han formulado uno y mil enamoramientos. Algunos estudiosos consideran que esa condición humana alcanza el grado de patología. Desea a la persona amada de noche y de día. Se libera de ella por unas horas, pero insiste por medio del teléfono y ahora del *mail*. Fuera de sí, el enamorado sobrevive a expensas del otro. Se somete a los designios de la otra persona o sufre y se desespera en medio del caos. No todos pueden ser víctimas de semejante condición existencial. Por ejemplo, se considera que Kant jamás se sintió vulnerado por el enamoramiento; tampoco Jorge Luis Borges llegó a ese punto. En cambio, Clark Gable vivió la intensidad de lo amoroso al lado de Carole Lombard. Ni qué decir del enamoramiento tórrido, para calificarlo de alguna manera, entre la cantante Madonna y el actor Sean Penn, que se vio envuelto por el escándalo de los golpes y palizas propinados por este personaje de la farándula. Años después la intérprete reconocía que Penn había sido un hombre fundamental en su vida, y el mejor amante de cuantos ha tenido. En esa misma tesitura habitaron y cohabitaron Arthur Rimbaud y Paul Verlaine. Violencia y ajeno fueron los distintivos. Se amaron sin más, pero esa pasión exagerada los llevó a perfilarse por otros horizontes.

El cuerpo enamorado es el de la apertura. Ellos construyen, según dice Deleuze, “el mundo posible”. La auténtica intensidad es parte de esos instantes en los que se está sometido a los designios del enamoramiento. En el filme *Luna amarga* (1992), de Roman Polanski, se describe un proceso de singularidades: un hombre queda atrapado por la belleza de una joven rubia. De pronto se pasa al amor físico. Los cuerpos están en ese estado de gracia que los hace resurgir aún en la fatiga. Se entregan a una sexualidad repleta de fantasías, con máscaras, con diálogos exuberantes y con todo eso que les otorgan los dones del amor. Se hacen cómplices de sus deseos y terminan por agotarlos. Esto se debe a que viven para confirmar un goce que pronto se terminará. Entonces el personaje masculino, que interpreta Peter Coyote, ejercerá la

crueledad contra la muchacha (Emmanuelle Seigner). La cuestionará por una extraña alergia que aparece en su rostro; se aburrirá de ella y la maltratará. El enamoramiento se ha suspendido y la realidad está a la vista. Después sobrevendrá la venganza.

Entre la realidad y el deseo media un abismo. El enamoramiento supone la trasposición de lo inmediato que niega el futuro. Así, la pareja enamorada vive los coletazos del ahora, su centro gira alrededor del otro, se desvive por el encuentro y aparece lo que escribió Pellicer: “Estoy feliz porque te veré hoy / pero estoy triste / porque tendré que esperar hasta mañana / para volver a verte”. Ése es el hecho ineludible del enamorado, que quisiera convertir todo en algo eterno y glorioso que supone un acercamiento a la dicha. Si, además, se da el encuentro amo-

roso en términos eróticos, entonces el vínculo es todavía de mayor fuerza. La intimidad genera los motores de un deseo que se transfigura en necesidad. Los poetas han entendido ese tránsito mágico entre la posesión del ser amado y su ausencia. Incluso, místicos del siglo XX, al estilo del francés Patrice de La Tour du Pin, se acercaron a la desesperación del “objeto del deseo”. Él pensó que estaba en la isla que todos los hombres terminan por habitar, y en esa soledad quiso poseer al viento, al mar y las aves que sobrevolaban los cielos, todo con tal de cerciorarse de que desear era una radicalidad.

Los románticos hicieron del enamoramiento una prueba esencial en donde lo humano confrontaba sus debilidades. A Werther, el personaje de Goethe, los pesares del desamor lo llevan a la decisión trágica del sui-

cidio; eso sin contar al narrador de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, quien en el tomo dedicado a “La prisionera” aludió a la necesidad del enamorado de librarse de los celos por medio de la clausura del ser amado. La manera de practicar esta estrechez intelectual, que se oponía a los designios de la razón, fue el encierro. En tanto que el japonés Sagawa devoró a su novia holandesa —de la que estaba enamorado con locura, y dicho esto en un amplio sentido— como la mejor manera de preservar esa condición exaltada. Él era un estudiante de artes plásticas y cometió su crimen en aras de un imposible: tener a su amada de forma total. El resultado fue una prisión perpetua en la que el amor pareció desvanecerse. El enamoramiento es ola que puede volverse tsunami. ~

